

RACISMO Y ECONOMÍA

Pilar López

Profesora de Ciencias Sociales del IES "Rodrigo Caro" de Coria del Río

Más de medio siglo después de la aprobación de la Declaración



Universal de los Derechos Humanos, el racismo, lejos de haber desaparecido, continúa, enmascarado, en una de sus formas más antiguas: la económica. A lo largo de la historia numerosos hechos demuestran que detrás de muchas actitudes racistas ha existido una indudable vertiente económica. Nadie se reconoce racista, pero las actitudes de una todavía importante parte de la población desmienten tal afirmación, sobre todo en tiempos de crisis, en los que se hace fácil, y casi necesario, buscar un chivo expiatorio.

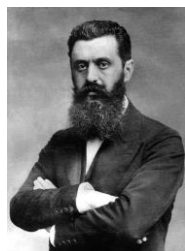
Podemos comenzar nuestra exposición con uno de los racismos más conocidos de la Historia pasada y reciente: el antisemitismo. Durante siglos, los judíos despertaron los celos, cuando no la envidia, de las comunidades en las que vivían por la buena posición económica de algunos de sus miembros. Esta buena posición económica puede ser relacionada con su condición de pueblo errante que sólo podía llevar consigo en cada traslado su formación. O bien con su dedicación a al préstamo, que estaban prohibidos por la Iglesia a los cristianos y que alguien debía ejercer. Su formación como médicos y científicos situó a los judíos muy cerca del poder político o económico debido a sus conocimientos porque siempre estaban en condiciones de aconsejar muy bien y su dedicación al préstamo los hizo imprescindibles pero odiosos a todos aquellos a quienes prestaban. También eran comerciantes artesanos, pero no campesinos ni propietarios agrícolas porque se les prohibió la posesión de tierras.

Aunque no todos los judíos eran ricos, esa buena posición económica no se aceptaba bien, especialmente en épocas de crisis, cuando el resto de la población pasaba penurias. Además, se consideraba que comercio y préstamo eran actividades indecentes al no producir nada y ser fruto de la especulación. Fue así como los judíos, envidiados por su cercanía al poder o su riqueza y mal vistos por su estricta observancia de ritos y costumbres, se convirtieron en blanco de la ira popular, en “chivos expiatorios”, cada vez que la sociedad pasaba un mal momento.

Pero no sólo fueron discriminados y asesinados durante siglos. Entre los siglos XIII-XV, muchos monarcas europeos llenaron sus arcas después de

confiscar las propiedades de los judíos y de echar de ellas a sus dueños (s. XIII en Inglaterra en el XIV en Francia y a finales del XV en España y Portugal). En el siglo XVII las persecuciones llegaron a Rusia y Polonia y los judíos se vieron privados del derecho a ejercer profesiones liberales, pertenecer a gremios de artesanos, explotar propiedades agrícolas y poseer grandes empresas, y fueron obligados a vivir del pequeño comercio. La excusa fue siempre la misma: era un pueblo deicida, el responsable de todos los males (envenenan aguas, violan a jóvenes, realizan sacrificios rituales con niños), el culpable de traer las nuevas ideas y perturbadoras occidentales. Nadie mencionó nunca que entre las verdaderas razones se encontraba su boyante economía.

Esta persecución provocó la emigración masiva a América, aunque ésta se había iniciado en el siglo XVI, constatándose en el siglo XVII la creación de las primeras comunidades en la actual Nueva York. Entre finales del siglo XIX hasta 1924 en que se establecieron los cupos de entrada de inmigrantes, llegaron a Estados Unidos 2 millones de judíos, a los que hay que sumar otro millón y medio más que se dirigió a Canadá y Sudamérica, especialmente Argentina. Esta emigración volvió a aumentar fuertemente tras las persecuciones nazis provocando que, con el tiempo, el 25% de los judíos del mundo viva en Estados Unidos, donde acabará convirtiéndose en un importante lobby económico que presionó continuamente a favor del gobierno de Israel durante los conflictos entre árabes e israelíes.



El germen de la creación del estado de Israel hay que buscarlo en el desarrollo del sionismo promovido por Theodor Herzl a partir del siglo XIX. La lucha por el territorio se convirtió con el tiempo en un asunto político de escala internacional al que no eran ajenos asuntos económicos como la posesión de la tierra más fértil y el agua. Theodor Herzl, defensor a ultranza de la asimilación de la comunidad judía, se convenció de que el pueblo judío debía crear su propio Estado tras acudir como periodista al proceso celebrado en Francia contra Dreyfus. Los insultos antisemitas le llevaron a pensar que era inútil luchar contra el antisemitismo, aunque en un primer momento no obtuvo el apoyo de los judíos más acaudalados. El nuevo país de los judíos fue fijado sucesivamente en Argentina, Uganda y, finalmente, Palestina, donde empezaron a llegar campesinos judíos de la Europa oriental y balcánica a finales del siglo XIX a los que se unieron obreros y estudiantes de toda Europa en las primeras décadas del siglo XX.

Sin embargo, fueron las atrocidades del nazismo las que harán surgir el nuevo Estado de Israel en 1948, de forma unilateral y sin contemplar los derechos de los palestinos ni la Declaración Balfour, en la que se garantizaba la creación en Palestina de “un hogar nacional para el pueblo judío”, sin perjuicio

de “los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías” ni el proyecto de la ONU que pretendía dividir el territorio en dos zonas: una judía y otra palestina, lo que originará problemas entre Israel y los estados árabes hasta nuestros días en los que podemos encontrar una vertiente económica indudable como la subida de los precios del petróleo en 1973 para castigar a Occidente por su apoyo a Israel. Actualmente sólo el 25% de la comunidad judía universal habita en Israel, aunque continúan llegando a Israel oleadas de inmigrantes judíos procedentes de todo el mundo, sobre todo de Rusia.



Como ya señalé, fue el antisemitismo nazi el que dio el impulso necesario a la creación del nuevo Estado de Israel, que aunque laico tienen una importante base racial. Podemos decir que dicho antisemitismo tuvo su origen en la propaganda masiva que inundó Alemania desde el fin de la I Guerra Mundial. Se acusaba a los judíos de acaparar antes de la guerra para enriquecerse en el mercado negro durante su transcurso, se los responsabilizó de la derrota en la I Guerra Mundial y se los asoció con las actividades subversivas socialistas y comunistas por la participación en ellas de algunos judíos como Rosa Luxemburgo. El antisemitismo se recrudeció tras la inmigración masiva de judíos polacos sin trabajo a Berlín desde 1.920. No es de extrañar que el recién aparecido partido nazi, declarado antisemita, comenzase a tener adeptos entre los alemanes. Sin embargo, su líder, Adolf Hitler, será el primero en rechazar los ataques irracionales e inaugurará una nueva línea de actuación más racional que los explote económica de forma sistemática antes de su “extirpación”. El éxito de su obra Mein Kampf, texto esencial del antisemitismo, le descubrió que el antisemitismo podía ser un instrumento de movilización de masas utilizando los viejos argumentos: el judío asesino de Cristo, usurero y rico mientras los demás se arruinan... La respuesta no se hizo esperar en las universidades alemanas y entre las clases médicas y profesionales, donde había importantes competidores judíos.

Una vez en el poder, la primera gran actuación del gobierno nazi fue un boicot económico contra las tiendas y negocios judíos. La reacción de la población alemana fue desigual, pero la impresión causada en los judíos fue demoledora. Pocos días después, se aprobó la "Ley para la Renovación de la Función Pública Profesional", que desplazó al retiro a todos los funcionarios de origen no ario. Siguió diversas leyes que excluyeron del ejercicio profesional a multitud de abogados, jueces, fiscales, notarios y médicos judíos, y diversas medidas contra intelectuales judíos (universitarios, artistas, escritores... unos 2000 en total entre los que podemos citar a Albert Einstein), lo que fue bienvenido por los no judíos en una época de aumento del desempleo. Una ley de *numerus clausus* limitó al 1,5% el número de judíos admitidos en los institutos y las universidades. En mayo se produjo una quema pública de libros, muchos de ellos de autores judíos, en las plazas de ciudades

de todo el país. En septiembre, Goebbels inició un proceso de depuración en el ámbito artístico y cultural (prensa, el teatro, el cine y la música).



En 1934 el ataque a la comunidad judía llegó al paroxismo durante la llamada "Noche de los Cristales rotos", hábilmente promovida por el ministro de propaganda alemán Goebbels. Además de ataques a judíos y sinagogas, ultrajes y detenciones, se saquearon más de 7.500 negocios. Nadie se quejó públicamente, ni siquiera las iglesias. El gobierno alemán impuso una multa de mil millones de marcos a la comunidad judía por los sucesos.

A partir de 1938, cuando la economía estaba recuperada y los judíos ya habían cumplido con su papel de reactivadores económicos, se inició el expolio y la expropiación de las propiedades judías, obras de arte y cuentas corrientes en bancos suizos y se puso fin a toda actividad empresarial de los judíos. La explotación económica llegó a su culmen con la puesta en marcha la "Solución Final" a partir de 1942. La idea era recluir a todos los judíos en campos de trabajo, donde una vez explotados económicamente al máximo, se los exterminaría. La explotación de los judíos fue sistemática, meticulosa y efectiva, casi "industrial": detenciones masivas, traslado a los campos de trabajo, despojo de todos sus bienes materiales (joyas, zapatos, ropa, prótesis, gafas...) y selección de los aptos para trabajar que eran explotados hasta la muerte en Obras Públicas o como mano de obra en empresas alemanas que pagaban su sueldo a un tercio del de cualquier otro obrero, aunque aún proporcionaban a los nazis el doble de lo que costaba mantenerlos porque su alimentación era miserable y al límite de la supervivencia.

Los ancianos, mujeres y niños no aptos para el trabajo eran enviados a la cámara de gas o utilizados como cobayas humanas para diversos experimentos médicos como los del conocido Dr. Ménguele con gemelos. Tras el gaseamiento se comprobaba los cadáveres eran sometidos a una exploración final en la que se le extraían dientes de oro, y se buscaban joyas y cualquier otro objeto de valor en todos sus orificios. Su pelo se utilizaba para los cepillos de los barcos y de su piel se hacían jabones. Las cenizas eran vendidas como fertilizante. En la actualidad muchas familias judías luchan por la restitución de obras de arte y dinero depositados en bancos suizos durante la época nazi. 29.000 personas están contabilizadas como poseedoras de cuentas bancarias en bancos suizos. En 1998 los bancos suizos acordaron indemnizar con 1.250 millones de dólares a la comunidad judía. Para demostrar la posesión de obras de arte que se encuentren en museos alemanes o en colecciones privadas basta una simple foto de la casa de los abuelos en la que

parezca dicha obra, pero pese a la devolución de algunas obras, la mayoría permanece todavía en museos alemanes y colecciones particulares.



Las razones económicas están igualmente detrás de otro de los grandes racismos de la Historia. La llegada al continente americano de la población negra tuvo su origen en la necesidad de los colonos europeos de mano de obra barata, esclava, para las plantaciones, donde sustituyó a los indígenas fallecidos por las epidemias, penalidades y actos de guerra. En el siglo XVIII ya suponían el 23% de la población total, pero su actitud de sumisión era total y su única forma de “resistencia” se reducía a la práctica de su cultura: música, magia, arte, religión...

Ni siquiera su participación en los ejércitos de colonos durante el proceso independentista les favoreció. El nuevo estado recién constituido continuó negándoles todos los derechos que en la Declaración de Independencia reclamó para sí.

Muchos negros y también muchos blancos pensaron entonces que la única solución para acabar con el “problema negro” era la migración a África. Desde 1.787 más de ochenta personas de color solicitaron medios para instalarse allí, concretamente en una zona litoral próxima a la colonia británica de Sierra Leona. El mismo presidente Lincoln, al que todos tenemos en nuestra mente como el gran libertador de la población negra norteamericana y cuyo asesinato muchos vinculan con su supuesta defensa de la población negra, era partidario de la colonización exterior como solución a las tensiones provocadas por la presencia de población negra en Estados Unidos. Con la ayuda de grupos religiosos y filantrópicos norteamericanos muy interesados en alejar el “peligro negro”, el nuevo país se declaró independiente en 1.847 con el nombre de “Liberia” o “Tierra de los libres” como homenaje al fin de su esclavitud, pero los recién llegados impusieron a los “inferiores e incivilizados” indígenas su cultura americana.

La situación de la población negra mejoró teóricamente tras el triunfo de la Unión en 1.865, pero para muchos la aceptación y encumbramiento de



parte de la población negra no ha sido más que un producto de intereses económicos fáciles de determinar. Para ellos el fin de la esclavitud no fue producto, únicamente, de la búsqueda de la igualdad porque no supuso el fin de la discriminación y porque el Norte industrializado se vio favorecido económicamente al conseguir mano de obra esclava para sus nuevas fábricas.

Tras el resultado de la guerra, la resistencia blanca a los cambios en los estados

del sur no se hizo esperar: creación del Ku Klux Klan en 1.866, aparición de medidas de segregación racial cada vez más discriminatorias desde 1.880 (segregación en los transportes, los hospitales, los restaurantes, las escuelas...), desarrollo de teorías que defendían la inferioridad mental de la población negra. En el norte no hay leyes segregacionistas pero si lo es el comportamiento de la población. En 1.896 la Corte Suprema de Estados Unidos rubricó la ideología racista con la frase “Una sola gota de sangre negra basta para colorear un océano de blancura caucasiana”. Los negros accedieron a las elecciones, pero los blancos les impusieron los test de alfabetismo para dejarlos votar.

No es de extrañar que desde el último tercio del siglo XIX tomase fuerza el movimiento nacionalista negro, liderado por Booker Taliaferro Washington. Éste abogaba por una mayor formación para lograr la promoción social de los negros y el fin de toda discriminación, lo que supuso una continua mejora de las condiciones de parte de la población negra. Con la mejora

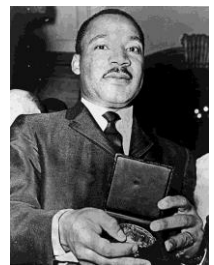


surgieron nuevas formas de discriminación y aparecieron los primeros guettos negros urbanos, aumentando los intentos de la población blanca por “blindar” la discriminación. Eso sí, la América que rechazaba a los negros era la misma que los dejaba competir en los Juegos Olímpicos para sumar en el

medallero. Hitler, obligado por el Comité Olímpico Internacional, tuvo que dar la mano a un Jesse Owens aclamado por miles de personas y no atrevió a aplicar la ley alemana que lo obligaba a alojarse en hoteles “para otras razas”, pero el presidente de su país, Roosevelt, en plena campaña electoral, no se atrevió a recibirlo en la Casa Blanca al temer la reacción de los estados sureños. El gran medallista olímpico no pudo abandonar su trabajo de botones en el Waldorf-Astoria a su regreso a Nueva York.



Desde los años 60 la lucha por la igualdad tendrá dos vertientes, la del pacifista Martin Luther King y la del violento Malcolm X, aunque será el primero quien consiga la trayectoria más exitosa con la aprobación de las Leyes de Derechos Civiles de 1964 y 65, después de numerosas movilizaciones, entre la que destaca su



famosa y multitudinaria “Marcha sobre Washington”, donde pronunció su famoso discurso *“I Have a Dream”* en el que expresaba sus esperanzas de igualdad. En 1964 obtuvo el Premio Nobel de la Paz.

Durante 1.966 y 1.967 Luther King



concentró sus reivindicaciones en los temas económicos y empezó a pelear por una mejor distribución de la riqueza como forma de acabar con la pobreza negra, pero su trayectoria se truncará trágicamente tras su asesinato en Memphis en abril de 1968. Pero su obra encontró continuadores. Durante los Juegos Olímpicos de México de ese mismo año, el mundo entero pudo ver la simbólica imagen de dos atletas negros, Tommie Smith y John Carlos, integrantes del equipo norteamericano, cuando recogieron sus medallas. Años más tarde Smith lo relataría así a la prensa *“Mi mano derecha se levantó por el poder de la América negra, la izquierda de Carlos por la unidad de la América negra. Juntas formaron el arco de unión y poder. Mi bufanda negra representó el orgullo negro y nuestras medias negras sin zapatillas a la pobreza negra de la América racista”*

Smith, Carlos y el segundo clasificado, el australiano Norman, que expresó su simpatía con sus compañeros de podium llevando insignias del Proyecto Olímpico para los Derechos Humanos, bajaron del podio en medio de silbidos y abucheos de los aficionados y fueron expulsados del equipo olímpico y de las Olimpiadas, aunque Estados Unidos conservó sus medallas porque eran necesarias para aplastar a la URSS, su mayor rival en el medallero. A su vuelta a Estados Unidos fueron considerados “antipatriotas” y condenados al ostracismo y la pobreza, fueron amenazados de muerte y perdieron a sus familias (la esposa de Carlos se suicidó y la de Smith lo abandonó) en medio de una feroz campaña de desprestigio, que no terminará hasta 1999. Historia aparte merece cómo acabó la amistad entre ellos y qué ocurrió con Peter Norman, el solidario y blanco australiano que los apoyó en el pódium,

La verdadera igualdad llegó con el ascenso social de una nueva burguesía negra en los años 80, cada vez más cercana al sueño americano y más desvinculada de su raíz africana. El liderazgo negro se fue trasladando al plano cultural: cantantes como Diana Ross, Whitney Houston o Michael Jackson, una máquina de hacer dinero aún después de muerto, escritores como Toni Morrison, cineastas como Sidney Portier, Denzel Wahington o Whoopi Goldberg, deportistas como Cassius Clay o baloncestistas como Kobe Bryant y Michael Jordan a los que el periodista del New York Times William C. Rhoden describe como *Esclavos de 40 millones de dólares* en un libro publicado en 2.006. Al mismo tiempo aparecieron los primeros políticos negros con capacidad de liderazgo a nivel nacional como Jesse Jackson y Condolezza Rice, secretaria de Estado con G.W. Bush, además, de, cómo no, Barack Obama, el encargado de dar un paso más en la lucha contra la discriminación emprendida hace más de un siglo.



Sin embargo, las estadísticas demuestran que todo parece ser, de momento, un espejismo, porque el encarcelamiento, el desempleo, el

aislamiento social y la indigencia afectan a un porcentaje más alto de personas de raza negra que de raza blanca y los problemas relativos a la raza, no sólo de los afroamericanos sino también hispanos, chinos, etc., siguen siendo un problema central en la sociedad estadounidense. Según Carlos Fuentes, periódicamente, el puritanismo que se encuentra en la base de la cultura WASP (Blanca, Anglosajona y Protestante) de los Estados Unidos se manifiesta llamativos colores: “El mejor indio es el indio muerto”. “El mejor negro es el esclavo negro”. “La amenaza amarilla”. “La amenaza roja”. A los que ahora se añade “El Peligro Moreno” de la América Hispana, que ahora defiende el profesor Samuel P. Huntington, incansable voz de alarma acerca de los peligros que “el otro” representa, sin recordar que hubo una América indígena anterior a la llegada de los “blancos”, una presencia española y francesa. La nueva cruzada de Huntington va dirigida contra México y los mexicanos que viven, trabajan y enriquecen a la nación del Norte. Para Huntington, los mexicanos no viven, invaden-; no trabajan, explotan-; y no enriquecen, empobrecen, porque la pobreza está en su naturaleza misma. Tales afirmaciones las desmiente John Kenneth Galbraith (el norteamericano que Huntington no puede ser) cuando escribe: *“Si todos los indocumentados en los EE.UU. fuesen expulsados, el efecto sobre la economía norteamericana... sería poco menos que desastroso... Frutas y legumbres en Florida, Texas y California no serían cosechadas. Los alimentos subirían espectacularmente de precio. Los mexicanos quieren venir a EE.UU., son necesarios y añaden visiblemente a nuestro bienestar”*

Pero, no tenemos que irnos tan lejos en el tiempo ni cruzar al otro lado del Atlántico, ni siquiera necesitamos un Huntington. El director de Estudios Sociales de Andalucía, Manuel Pérez Yruela, explica que los últimos barómetros sobre la xenofobia y el racismo en España demuestran que el rechazo por el color de la piel se está viendo sustituido por otro basado en la economía que originado en la idea de que los inmigrantes vienen a quitar a los españoles sus puestos de trabajo al estar dispuestos a trabajar más horas por menos dinero. Aunque actualmente los inmigrantes se sitúan en el escalafón más bajo de la sociedad, el nuevo racismo puede degenerar en una nueva *“lucha de las clases bajas”* porque está demostrado que los inmigrantes aceptan puestos que los españoles no aceptan. El nuevo racismo económico genera un rechazo en los ámbitos culturales y sociales más bajos donde ya se ve empieza a ver con malos ojos simplemente que los extranjeros acudan al médico igual que un español. Yruela asegura que este sentimiento de racismo económico afecta a entre el 10 y el 20 por ciento de la población española.

Autores como Rodolfo Stavenhaven (Reunión Internacional sobre “Xenofobia y Racismo”, Universidad de Copenhague, 1993) aseguran que el proceso de globalización económica está generando migraciones masivas por motivos económicos que han creado un “Tercer Mundo” dentro de las potencias mundiales, una especie de “frontera interna” que pone en evidencia

la vigencia del concepto de Estado-nación y agrava las tensiones raciales y la discriminación como instrumento contra supuestos riesgos culturales y económicos.

De esta forma, el mundo se aleja cada vez más de los principios que motivaron allá por 1789 el comienzo de un Nuevo Régimen llamado a traer al mundo Libertad, Igualdad y Fraternidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Carlos Fuentes, *El Moby Dick de Huntington. Racista enmascarado*. Diario Reforma, Ciudad de México, 11.03.2004.
- Draper, T., *El nacionalismo negro en Estados Unidos*. Alianza, 1.972
- Friedlander, Saúl, *¿Por qué el Holocausto?*, Editorial Gedisa, España, 1979
- Poliakov, León, *Historia del Antisemitismo*, Editorial Siglo XX, Argentina, 1968
- Rhoden, William C., *Forty Million Dollar Slaves*, Crown Publishers Inc, 2006
- Rodolfo Stavenhagen, Actas de la Reunión Internacional sobre “Xenofobia y Racismo”, Universidad de Copenhague, 1993
- Vitkine, Antoine, *«Mein Kampf»*. Historia de un libro, Editorial Anagrama, 2009
- White, J., *Black Leadership in America*. Longman, 1.994

ESTÁNDARES EN E-LEARNING: EL PROYECTO AGREGA

José Manuel Basilio Pérez

Profesor de Informática en el IES Rodrigo Caro